

## REFLEXIONES

## DE LA MARQUESA DE ROCHEFORT

SOBRE

EL SISTEMA DE LOS JANSENISTAS, Y LA DOCTRINA DE LOS  
CATÓLICOS.*Motivos de su sumision á la bula Unigenitus.*

28. El primer motivo de mi mutacion y de mi sumision á la bula *Unigenitus*, fué el estar evidentemente convencida de la extravagante y monstruosa doctrina de los que la deseñaban; doctrina, que al pié de la letra, y sin exageracion alguna, es, como os la he descrito arriba; doctrina que he oido de boca de ellos mismos, y no como quiera de algun particular, sino de todos cuantos ví, traté y conocí del partido, que no fueron pocos; doctrina que se halla extendida en casi todas sus obras, sin que entre todos sus autores se halle diferencia alguna, sino á lo mas, y en algunos solo en los términos; pero como son sagaces cual ningunos otros para seducir, por eso á los principios no se sirven de aquellas expresiones duras que turban el espíritu, por temor de que sus prosélitos no se arredren y desmayen, y pierdan con ellos su crédito; pero creedme, amiga mia, todos ó casi todos piensan y creen lo mismo.

Y en verdad, ¿qué cosa puede hallarse mas extravagante y monstruosa que una secta, que hace de un Dios infinitamente bueno, y la misma bondad por esencia, é igualmente justo, cuya misericordia es sobre todas sus

obras, un cruel, un tirano? ¿que dice, que Dios no cria los hombres sino para condenarlos, sin darles ningun auxilio verdadero para obrar su salud: que condena á las llamas eternas del infierno á los niños que mueren sin bautismo por solo el pecado original; que manda cosas imposibles, y niega la gracia con que se hagan posibles aun á los mismos justos que se la piden? ¿qué cosa mas extravagante y monstruosa que una secta que abiertamente conduce á la desesperacion y al libertinaje? porque, desengañaos, señora mia; tal es el efecto de sus máximas, y la experiencia lo acredita demasadamente: de mí, lo confieso con ingenuidad; la desesperacion se iba ya apoderando de mi espíritu, y si Dios no me hubiera alumbrado con esta ocasion que os he dicho, corria peligro de sumergirme enteramente en ella y perderme para siempre: porque ya entre-mí decia muchas veces (antes de mi perfecta conversion), si Dios ha resuelto darme la gracia eficaz desde allá desde la eternidad, y despues la gloria, aunque peque hasta la muerte, nada tengo que temer; al fin me salvaré, y así puedo libremente entregarme á mis pasiones: mas si por el contrario ha decretado negarme su gracia y condenarme, por mas obras buenas que haga, no escaparé del infierno. ¿Qué haria en esta perplexidad? Desesperarme y empezar á padecer el infierno desde este mundo. ¡Dios mio, qué sistema tan espantoso<sup>1</sup>!

Traed á la memoria, amada señora mia, cuanto os he

1 La desesperacion es para el hombre un estado penoso y violento, en el cual es imposible que permanezca por largo tiempo: así es que un cristiano conducido por las doctrinas jansenísticas á la desesperacion, ó abandonará en breve estas máximas fatales, ó si ellas han echado ya profundas raices y fijádose tenazmente en su cabeza, buscará el alivio de sus penas empezando á dudar de la justicia y providencia de Dios, y titubeando en seguida sobre las demás verdades reveladas y enseñadas por la Iglesia católica. Un pobre jansenista, para calmar los remordimientos de su conciencia y desembarazarse del funestísimo temor del infierno, no tiene mas salida que la irreligion, y la incredulidad. ¡Ojalá que una experiencia tristísima, demasiado patente por desgracia á nuestros ojos, no nos convenciese plenamente del término fatal á donde ha conducido la doctrina de los jansenistas á muchísimas gentes en nuestra Europa.

dicho sobre este sistema; y estoy segura que confundido vuestro espíritu, os llenará de temor y espanto. Por el contrario, la consideración del de los que obedecen á la bula *Unigenitus*; cuánto no le calmará! Estos me dicen que Jesucristo ha muerto por todos, que quiere que todos se salven, y á todos concede su gracia; gracia que nos ilumina y da fuerzas, sí; pero que nos deja al mismo tiempo en una entera libertad; que Dios, en fin, no manda cosas imposibles. ¿Qué doctrina mas consoladora! Motivo fué este que me determinó á abrazar el partido en que por la misericordia de Dios me hallo al presente, y que de todas las veras de mi corazón deseo que vos también, amiga mía, abraceis.

29. La segunda causa de mi mutación fué la solidez y firmeza de los principios de la Iglesia romana; principios que jamás variaron en el dogma. Al contrario, los de vuestro partido han variado ya, y varían continuamente así sobre la autoridad del Papa, como sobre la de la Iglesia, y sobre la de los concilios: hoy acerca del uso de la eucaristía: mañana sobre el de la penitencia, y es otro día sobre cualquiera otro punto esencial á la Religión. Consultad á los maestros del partido, y os dirán cosas bien contrarias á la antigua Iglesia, ó á lo que ellos mismos creían quince ó veinte años ha.

¿Pues qué se puede decir ni pensar de una Religión que no tiene un principio fijo, sólido y estable para asegurar la fe? ¿de una Religión que ya os envía á la Iglesia congregada en un concilio, que debe ser compuesto solo de obispos; ya dice que no ha de ser de obispos solo, sino de obispos, y presbíteros; y ya de obispos, presbíteros y seglares; y luego ni quiere obispos ni presbíteros, sino solo el consentimiento del pueblo, á quien cree aneja la infalibilidad? ¿qué puede decirse

<sup>1</sup> Este consentimiento del pueblo es el mas fino y diabólico hallazgo de la secta jansenística para derribar de un solo golpe, si fuera posible, la Religión de Jesucristo toda entera, quitando á los fieles la regla de su fe. (\* Y dígase también que para destruir los gobiernos, especialmente los monárquicos, como quiera que estos son el mejor apoyo de la Religión, así como la Religión es la mejor defensa de los tronos: et nunc, reges, intelligite \*). En efecto, nazca ó excítese en el cristianismo cualquiera herejía, la Iglesia

de una secta que treinta años ha sostenía había una Iglesia visible é infalible, que no podía errar, y hoy enseña que sola la Iglesia invisible es la que goza de esta infalibilidad? En fin, ¿qué puede decirse de una Religión que no solo se deja llevar de todo viento, sino que es falsa y dirigida por el espíritu de mentira? Tal es, señora, la Iglesia de los jansenistas, que por la misericordia de Dios he abandonado.

30. El tercer motivo de mi sumisión á la bula, es que todos los caracteres del catolicismo se encuentran juntos en los que la han aceptado, y todos los de la herejía en los que la desechan ó no admiten. ¿Cuáles son los caracteres de los católicos? La paz, la mansedumbre, la moderación, buena fe, caridad, respeto al soberano Pontífice, obediencia á la Iglesia, subordinación, paciencia, constancia en sufrir las persecuciones, el uso frecuente

establecida por el divino redentor para columna, apoyo, y sosten de la verdad, y ó la cual nos manda oír y escuchar Jesucristo (*Matth. xviii, 17*), no podrá condenarla eficazmente, y extirpar enteramente esta cizaña del campo del Señor. Según los jansenistas, la infalibilidad está aneja al *consentimiento del pueblo*; consentimiento que debe ser *moralmente unánime*, como hemos dicho arriba; ahora bien, los sostenedores de la nueva herejía, que nunca suele ser uno solo, ó por mejor decir, que por lo regular siempre son muchos entre el pueblo engañado, y seducido por los sutiles artificios de los heresiarcas, *no consentirán* en la condenación pronunciada contra ellos por la Iglesia, sino que reclamarán en alta voz, y aun pretenderán que tienen razón: así se vé que los arianos reclamaron en mucho número contra su condenación hecha por el concilio Niceno, los nestorianos contra el concilio Efesino, y en los últimos siglos los luteranos y calvinistas se opusieron con todas sus fuerzas á las decisiones del concilio de Trento. Queda, pues, reducida á nada la infalibilidad de la Iglesia, mediante la insidiosa doctrina del consentimiento del pueblo. ¿Y qué diremos del pueblo que no consiente á las decisiones hechas por la Iglesia, esto es, por el cuerpo de los pastores de la Iglesia unidos con el Papa? Diremos que todos son herejes, excomulgados y miembros podridos separados del cuerpo de Jesucristo: pues tales son cabalmente los jansenistas y quesnelistas, que reclaman contra las bulas del Papa aceptadas por todo el cuerpo de los obispos, y emanadas para la condenación de las doctrinas de Bayo, Jansenio, y Quesnel. \* Sobre el modo ó necesidad de la aceptación de los obispos, téngase presente la doctrina del conde de Maistre.

de los sacramentos, la sumision á las autoridades eclesiásticas y seculares. Y los caractéres de los novadores ¿cuáles son? El temor, la confusion, la violencia, la ira, el enojo, la mala fe, el perjurio, encono, enemiga, espíritu de partido, desprecio del Papa, apelacion al concilio futuro, desobediencia á la Iglesia, la novedad, pretexto de reforma, contradecir al texto de la santa Escritura, torcer el sentir de los santos Padres, y especialmente de san Agustin; un zelo excesivo y amargo por la moral severa, propension decidida al rigorismo, atribuir una pretendida santidad ó *probidad notoria*, y ciencia sublime á los jefes del partido, venganza y aversion contra los frailes y órdenes religiosos, espíritu de sedicion contra los principes y obispos, mucha estimacion de si mismos, desprecio de todos los que no piensan como ellos, separacion de los sacramentos, menosprecio de las censuras eclesiásticas, etc., etc. Podria, amiga mia, probaros todo esto hasta la evidencia con hechos incontestables, si no temiese cansaros con una carta tan larga, y muchos autores por otra parte de mucho mérito, que han escrito sobre esta materia, no lo hubiesen ya verificado. Contentaos, pues, con que os remita á estos escritores, especialmente al que ha compuesto el libro intitulado: *Los caractéres del Error en los defensores de Jansenio y del Padre Quesnel*; en el cual hallareis gran copia de estos hechos, y de cuanto yo pudiera deciros sobre el particular. Porque en efecto, ó fuese que ellos se descubrieron como son en la realidad, cuando era de su partido, ó que no supieron disfrazarse y disimularse del todo; lo cierto es que he hallado en ellos los referidos caractéres, sin otros muchos que por modestia callo. Esta reunion de vicios y de errores es otra de las razones ó motivos que me determinaron y decidieron á abandonar su partido.

Tambien puede suceder, podreis decirme, que algunos de los defectos referidos se hallen igualmente en los que han recibido las bulas pontificias, así como se dice que están y se encuentran de hecho en los que las desechan. — Podrá suceder, no lo niego; ni eso sería una maravilla, pues entre los apóstoles hubo un Judas, entre los hijos de Noé un Cam, entre los de David un

Ammon y un Absalon; pero es preciso confesar que estos defectos no reinan entre los católicos como entre los jansenistas. Algunos autores católicos, es verdad, que con un zelo demasiado ardiente, y acaso indiscreto, han creído convenia á la verdad de sus escritos usar de ciertas expresiones fuertes ó poco medidas contra la probidad y mérito personal verdadero ó aparente de los que impugnaban; pero los jansenistas y partidarios de Quesnel llevan á mas su acaloramiento y vivacidad. Estos se sirven de la impostura, de la mentira y de las calumnias, para combatir é impugnar la verdad; y aquellos al contrario no hacen mas que quitar la máscara y dar á conocer á estos pretendidos enviados de Dios, á estos lobos que con piel de oveja tratan de destrozar el rebaño del Señor, y cautelar á los fieles del mucho peligro que corren en aproximarse á ellos. Confieso que es muy conveniente y aun necesaria la moderacion, y que dejarse llevar de la ira no suele producir buenos efectos, ni aun para el fin bueno que se proponen; pero al mismo tiempo no podreis menos de convenir conmigo, que no es tan fácil á un católico zeloso contenerse en los precisos límites, cuando vé que el fuego de la herejía ataca y va á prender, ó prende ya por las cuatro partes de un Estado, al ver espilada, robada, devastada la casa del Señor, y perecer un sin número de almas por la seduccion, la hipocresía, y engaños de los ministros de Satanás. ¿Veriais vos misma con indiferencia ó con tranquilidad arder la casa de vuestro señor Padre; á los ladrones robar y escapar con sus tesoros; entrar los lobos y andar matando las ovejas de vuestros rebaños, sin gritar contra ellos, pedir socorro, é impedir en cuanto estuviera de vuestra parte tanto mal? Creo que no: pues ved como son dignos de excusa en este punto los católicos, si alguna vez con demasiado zelo gritan al fuego, contra los lobos y ladrones.

Y valga la verdad, si esta vivacidad ó zelo vivo y fuerte es tan reprehensible como quieren decirnos, es necesario vituperar y culpar casi á todos los santos padres que se han opuesto á los herejes de sus tiempos con expresiones y términos aun mucho mas enérgicos y punzantes. ¿Qué

no dijeron un san Agustín, un Crisóstomo, un san Ignacio, un san Cipriano, Tertuliano, san Ambrosio, san Hilario, y todos los otros Padres contra los herejes? Unos los comparaban con los lobos, zorras y perros rabiosos, con los buhos, murciélagos, y otras aves nocturnas: otros con los idólatras, llamándolos anticristos, y aun á veces demonios en carne humana; é hicieron aun mas: publicaron sus culpas y pecados mas vergonzosos<sup>1</sup>. Tenian sin duda estos grandes hombres buenas razones para explicarse en estos términos y usar de este lenguaje; y acaso, ó sin acaso, las tendrán tambien nuestros zelosos defensores para imitarlos; porque en verdad, no son menós culpables los nuevos herejes que los antiguos. El mismo espíritu se vé que anima á unos que animó á los otros, y unos y otros se presentan con los mismos caracteres: nuevo motivo porque, como os insinué, abandonando su partido, me acogí al de los defensores de la bula *Unigenitus*<sup>2</sup>, y demás decisiones pontificias.

1 No puedo negarme á insertar aquí unas hermosas palabras de san Francisco de Sales para tranquilizar á algunas personas sobre la conducta que se ha de observar hablando de los herejes y sectarios; pues siendo de un espíritu todo de dulzura, nadie las podrá tachar de calor ó demasia, y mas en una obra escrita de propósito para direccion de las gentes de todos estados. En el cap. 29 de la parte 3ª de la *Vida devota* (p. 315, traduccion de Silva, impresion de Barcelona, año 1808), que todo él es sobre la *malédicencia*, despues de haber dicho que « al vituperar el vicio se ha de procurar » quanto sea posible disculpar á la persona en quien se halla; » añade despues estas bien notables palabras: « Cierto es que se puede » hablar sin reparo de los pecadores infames, públicos y manifiestos, con tal que sea con espíritu de caridad y compasion, y no con » presuncion y arrogancia, ni complaciéndose en el mal del otro, » que esto último es propio de corazones viles y bajos. *Exceptio* » entre todos á los enemigos declarados de Dios y de su Iglesia, » que á estos se les debe desacreditar todo quanto se pueda: tales » son las sectas de herejes y cismáticos, y los caudillos de ellas: » porque es caridad gritar al lobo cuando anda entre las ovejas, » esté donde estuviere. » No creo que entenderán mejor que san Francisco de Sales lo que es *caridad* tantos á quienes no suele caerse en ciertas ocasiones de los labios.

2 La viveza y energía de las expresiones al hablar ó escribir contra los Jansenistas, se ve vituperada por muchas personas, aun de

31. El cuarto motivo que me ha inducido á someterme, ha sido la extravagancia de sus máximas en su conducta privada, y en la direccion de las almas. No hablo de sus

las empeñadas por la buena causa, que querrian se escribiese con una moderacion extremada, y no se usasen de palabras vivas y picantes. Yo no sé, pero muchas veces me ha venido á la imaginacion si tanto empeño por la moderacion nacerá, no digo en todos, pero á lo menos en muchos, de un amor mal entendido á las personas de los jansenistas, ó de una vana esperanza de su arrepentimiento, ó acaso de algun secreto y no bien conocido afecto ó adhesion á sus doctrinas. No me persuado que sea así en la mayor parte de tantos panegiristas de la moderacion; sin embargo para la tranquilidad de mi espíritu, y mi instruccion, desearia que categóricamente se me respondiese á esta pregunta: si al confutar á los novadores que adulteran la palabra de Dios y corrompen la doctrina de Jesucristo, se ofenderán las leyes de la moderacion y caridad cristiana llamándolos razas de víboras, sepulcros blanqueados, que parecen hermosos por fuera, y dentro están llenos de podredumbre y hediondez, lobos rapaces bajo la piel de oveja, llenos de hipocresia, de dolo y engaños; que no cesan de subvertir y trastornar los caminos rectos del Señor, que resisten al Espíritu-santo, hombros de dura cerviz y de corazon incircunciso, y otras palabras semejantes. Si estas maneras de expresarse son dignas de vituperio, y deben improbarse en los defensores de la verdad, será necesario vituperar tambien á Jesucristo y los apóstoles que las usaron en iguales circunstancias; ó no nos será lícito seguir el ejemplo de Jesucristo y de sus apóstoles y discipulos; ni podrá tampoco ya decirse con verdad que todas las cosas que están escritas en los santos libros, están escritas para nuestra instruccion y direccion: *quæcumque scripta sunt, ad nostram doctrinam scripta sunt* (ad Rom. xv. 4): será preciso tambien abstenerse de cooperar en manera alguna á aquel medio que David en sus fervorosas oraciones pedia á Dios que se emplease contra los impios; á saber, que fuesen cubiertos de oprobio é ignominia, para que abochornados así se convirtiesen á Dios: *Imple facies eorum ignominia, et quærent nomen tuum, Domine* (Psal. LXXXII, 17). Y por consiguiente, aunque todas las escrituras nos enseñan que la mortificacion, los trabajos, el castigo son en manos de la providencia divina el medio ordinario de convertirse los pecadores, nosotros deberemos con todo cuidado abstenernos, y aun los principes, de imitar esta conducta de Dios. Hé aquí una cosa que mi ignorancia no alcanza á comprender, y sobre la cual deseó eficazmente ser instruido, para desechar estas tentaciones que me molestan, y poder con toda la paz de mi espíritu reunirme en los sentimientos de la mas completa moderacion.

costumbres, esto es, de atribuirles aquellos groseros defectos que hacen despreciables las personas de este carácter; la caridad, y la buena crianza me lo impiden; y tanto mas, que hay muchos entre ellos bastante arreglados, modestos con las personas de nuestro sexo, caritativos con los pobres, sóbrios tambien y austeros. Pero por mas aprecio que yo hiciese de su virtud, caridad y penitencias, nunca pude aprobar aquel empeño decidido de querer confesar mas bien mujeres que hombres, de ir con frecuencia á las casas de sus penitentas, estarse con ellas horas y aun dias enteros, asistir á sus tertulias y diversiones. Porque yo me decia á mí misma muchas veces: *la gracia eficaz*, única que estos hombres reconocen, no les podrá faltar tambien á ellos alguna vez, como les falta á otros, puestos en ocasiones menos peligrosas? Tampoco fué jamás de mi gusto aquella publicidad que daban á sus limosnas, y la ostentacion que de ellas hacian, extendiendo á veces que habian vestido á un ciento de pobres, cuando en verdad solo les habian dado algun harapo; por un real que hubiesen dado corrian la voz de que habian socorrido con diez escudos. Pero lo que mas me sorprendia era el no ver ni saber el uso que hacian de las sumas considerables que recogian porque solo de mi casa, os lo debo decir, amiga mia, y de mi marido, en el espacio de cinco años han sacado mas de diez mil pesetas, y no puedo deciros en qué han consumido estas y otras muchas sumas semejantes. No nos decian mas, sino que la Iglesia necesitaba de este auxilio, y así no sé qué uso se ha hecho ó hacen de ellas.

Tampoco podia aprobar aquella austeridad y parsimonia que en la comida y bebida nos estaban inculcando continuamente, al mismo tiempo que ellos gustaban mucho de que se las dispusiésemos abundantes cuando venian á casa, y aun se quejaban si no eran cosas delicadas. Sobre todo, nada me ha sorprendido tanto como el oírlos predicar tantas cosas buenas, y nunca verles ejecutar una de cuantas decian: prescribian lo que no querian hacer, y nos imponian ciertamente un yugo insostenible á los otros, cuando ellos no lo querian tocar ni aun

con la yema del dedo. Esto es por lo que toca á su conducta particular.

En cuanto á su direccion es de las mas extrañas. Ya os he insinuado algo arriba; ved ahora mis reflexiones, y lo que me sacaba de quicio: ¿porqué, me preguntaba yo á mí misma, han de negar estos hombres años enteros los sacramentos á personas de virtud experimentada, y sin hábito alguno vicioso, y los han de conceder á otras cuya conducta no es de las mas arregladas? Aquí debe haber por fuerza algun gran misterio. ¿Porqué han de obligar á las señoras á darles voto de obediencia en su direccion? Pues tal es, amiga, el método constante de algunos, particularmente de los sacerdotes de cierta congregacion, y este voto es un nuevo misterio, mas grande para mí que el primero. ¿A qué imponerles penitencias que no son conformes á su estado, ó contrarias á la conveniencia de él, y aun á la modestia? ¿á qué tanto hablar de las penitencias públicas que se practicaban en la primitiva Iglesia, y criticar eternamente la laxitud de las que hoy están en uso? misterios para mí igualmente nuevos, y misterios, me temo, de iniquidad. ¿A qué, por último, exhortar á los fieles á estas penitencias públicas, y no practicar ellos ninguna? En una palabra, amiga mia, para no molestaros sobre este punto mas, no hay cosa mas extravagante que las máximas de su direccion; máximas por otra parte, que reflexionadas tranquilamente, me han hecho abrir los ojos, y conocer el error á que me habian arrastrado.

Acaso me direis que vos no habeis hallado todas estas cosas en estos sujetos; que no os han negado por tanto tiempo como á mí los sacramentos, ni nunca os han hablado de hacer en sus manos voto de obedecerles en todo; en una palabra, que no habeis encontrado en ellos máximas tan malas como las que os he referido. No os diré que no, amiga mia; pero reflexionad que ya habia prevenido esta objecion en los principios, declarándoos que sus máximas no son en todos uniformes; aunque sí son en todos extrañas; y ahora os recordaré por nueva respuesta, que como es propio de los herejes el ocultarse é ir arrastrando como las serpientes sobre la tierra, no se muestran á los principios como son en sí; ocultan sus

designios con buenas obras exteriores, hablando siempre de piedad, de santidad, de reforma, de pureza en la fe, y en el uso de los sacramentos; en una palabra, que hablan como católicos, pero no piensan como tales, y solo guardan esta conducta para mejor engañar y seducir: esto es cabalmente lo que hacen los jansenistas. Dirigen las almas de diversas maneras según el genio, el estado, é inclinación de las personas, pero siempre con la mira puesta en sus intereses. A unos dan con mas frecuencia los sacramentos, á otros se los dilatan ó niegan por años enteros, ya para hacerles *sentir el peso de sus pecados*, como dicen, ya para prepararlos á una pureza, que nunca en verdad tendrán, pero que ellos exigen, y ya para alejarlos de los sacramentos, é inspirarles aversión á ellos.

Con qué fin hagan todo esto, positivamente no lo sé; lo dejo á vuestra consideración; ¿mas no podría ser con la mira de abolirlos? Lo que sé es, que á unos no hablan jamás de lo que en la Iglesia se practica, ni de los peligros en que están, por temor de no espantarlos; y á otros continuamente les están hablando de ello, á medida del placer con que los escuchan.

Si á vos no os han hablado como á tantos otros, ni os han conducido por el mismo sendero, atribuidlo á vuestro buen espíritu, que no le habrán creído susceptible de tan malas impresiones; pues es mas que probable que si hubiesen esperado poder sacar algun fruto, se os hubieran ciertamente mostrado como son en sí. Me acuerdo haberos oído alguna vez que estábais ya fastidiada de su sistema, y esperábais una ocasión feliz para salir de sus manos: Dios quiera que la halleis en breve; os lo digo con todas las veras de mi corazón, por el vivo zelo que me anima de vuestra salvación.

32. El quinto motivo de mi sumisión á la bula sobre dicha es la union que los enemigos de ella conservan y mantienen con los pretendidos *reformados* y *protestantes*, y la conformidad que se advierte entre los sentimientos de los unos y los de los otros en los puntos de dogma. De aquí vienen los grandes elogios que diariamente hacen de los jansenistas en sus periódicos los calvinistas. De ahí tambien la alianza que han procurado

contraer unos con otros, como la que dicen haberse realizado por la universidad luterana de Tubingen y Witemberg en la Alemania, con la de París. De ahí, por último, el que muchos enemigos de la bula se pasen á Holanda, no tanto para unirse con su patriarca Quesnel, como para profesar el calvinismo. ¿Y esto solo no es mas que suficiente para persuadir á cualquiera persona que proceda de buena fe de la falsedad de su doctrina?

33. El sexto motivo de mi sumisión á la Iglesia es la obediencia que todos los fieles deben al romano Pontífice. ¿Qué peligro hay, decia yo en mi interior, reflexionando algunas veces sobre esto, en obedecer al Papa en cosas que no son evidentemente contrarias á la fe? ¿Jesucristo en el dia del juicio me podrá condenar al fuego eterno por haber obedecido á aquel vicario suyo que estableció para gobernar su Iglesia? ¿y porqué no lo he de creer mas infalible que cualquiera otro obispo de Flandes, Alemania, España é Italia, siendo así que le creen tal, cuando habla solemnemente (*ex cathedra*, como dicen), y propone á los fieles creer una verdad, ó desechar un error? Es cierto que la mayor parte de los Franceses<sup>1</sup> no piensan así; pero tambien lo es que en la misma Francia hay muchísimos que lo creen infalible. Y por último, ¿qué son los Franceses solos respecto á la Iglesia universal? Un puñado de hombres. La santa Iglesia católica romana no depende de la Francia, ha subsistido sin la Francia, y puede subsistir sin ella. El Papa Clemente XI ha dado solemnemente esta bula despues de una perfecta deliberación y un maduro exámen de dos ó tres años; ¿porqué tengo de decir ni creer que se ha engañado?

Muchos Papas, me direis, se han engañado. — Puntualmente es en lo que no convengo, y muchísimos autores franceses no convienen tampoco. Pero en fin doy que sea así; que se hayan engañado; lo permito, no lo concedo; mas habrá sido como doctores particulares, pero no hablando ni procediendo como Papas. Estos, como particulares, podrán ó han podido errar en creer

<sup>1</sup> Sobre lo que han pensado los Franceses acerca de esto, véase al conde de Maistre, tomo 6 de esta *Biblioteca*.